

TEMPLO HERMANA TERESA

“Las dudas”

17/08/2024



“Las dudas”

Queridos hermanos y hermanas

Días atrás Carlos nos ha compartido esta frase:

“Muchas veces generamos dudas por dos razones: no ser simples y claros.”

Hoy reunidos en esta Ceremonia queremos reflexionar con ustedes sobre este tema fundamental en nuestras vidas: la duda. Esa sensación inquietante que nos hace cuestionar nuestras decisiones, nuestras capacidades y, en última instancia, a nosotros mismos. La duda puede ser un motor de crecimiento si nos impulsa a buscar respuestas y a mejorar, pero también puede ser una barrera que nos paraliza, nos aleja de nuestros objetivos y nos impide vivir plenamente. Y lo que es aún más preocupante es que, en muchas ocasiones, la duda no nace de la incertidumbre externa, sino de nuestra propia falta de claridad y simplicidad en la comunicación y en nuestros pensamientos.

Cuando hablamos de claridad y simplicidad, no nos referimos únicamente a la forma en que nos comunicamos con los demás, sino también a cómo nos comunicamos con nosotros mismos. En nuestro mundo moderno, estamos rodeados de información, de opiniones contradictorias, y de una creciente tendencia a

complicar lo simple. A menudo, nos vemos atrapados en un mar de palabras, ideas y conceptos que, en lugar de aclarar nuestra mente, la nublan. En este contexto, la duda florece, alimentada por la complejidad y la ambigüedad.

Imaginemos por un momento una conversación típica en nuestro día a día. Puede ser en el trabajo, en la escuela, en estas cuatro paredes o incluso en casa. Alguien nos pregunta nuestra opinión sobre un tema, y en lugar de responder de manera directa y simple, nos enredamos en una serie de explicaciones, de justificaciones, de “quizás” y “peros”. Al final de la conversación, ni nosotros mismos estamos seguros de lo que pensamos. ¿Cómo no va a surgir la duda, si nosotros mismos hemos sembrado las semillas de la confusión?

Permítannos ilustrar este punto con una historia que refleja de manera elocuente cómo la falta de claridad y simplicidad puede llevarnos a generar dudas innecesarias. Es la historia de Martín, un joven ingeniero que trabajaba en una empresa de tecnología.

Martín era un profesional talentoso, apasionado por su trabajo y con una gran capacidad para resolver problemas complejos. Sin embargo, tenía una debilidad: su comunicación. Cuando Martín explicaba un proyecto o presentaba una idea, tendía a ser extremadamente detallado y técnico. Su afán por ser preciso y

mostrar todo su conocimiento hacía que sus explicaciones fueran largas, complicadas y, en muchos casos, difíciles de seguir.

Un día, la empresa de Martín decidió lanzar un nuevo producto, y él fue asignado como líder del proyecto. Era una gran oportunidad para demostrar su valía, pero también una gran responsabilidad. Martín trabajó incansablemente en el proyecto, dedicando largas horas a diseñar, planificar y anticipar cada posible desafío. Cuando llegó el momento de presentar su propuesta al equipo directivo, Martín preparó una presentación extensa, llena de gráficos, datos y detalles técnicos.

Durante la presentación, Martín se sumergió en una explicación exhaustiva de cada aspecto del proyecto. Habló sobre los algoritmos utilizados, las especificaciones técnicas, y los posibles escenarios de riesgo. Sin embargo, a medida que avanzaba, notó que los rostros de sus oyentes reflejaban confusión. Al final de la presentación, en lugar de recibir la aprobación inmediata que esperaba, fue bombardeado con preguntas. Los directivos no habían entendido la propuesta y, lo que es peor, comenzaron a dudar de la viabilidad del proyecto.

Martín salió de la reunión desanimado. Había puesto todo su esfuerzo en el proyecto, pero no había logrado transmitir su visión de manera clara. Esa misma noche, mientras reflexionaba

sobre lo sucedido, recordó las palabras de un antiguo mentor: “La clave para convencer a los demás no está en la cantidad de palabras que utilizas, sino en la claridad de tu mensaje. Si no eres simple y directo, sólo generarás dudas”.

Al día siguiente, Martín decidió replantear su enfoque. Volvió a preparar su presentación, pero esta vez se centró en lo esencial. Simplificó su mensaje, eliminó los detalles innecesarios y se enfocó en transmitir la idea central de manera clara y directa. Cuando volvió a presentar el proyecto, el cambio fue evidente. Los directivos entendieron rápidamente la propuesta, sus preguntas fueron pocas y precisas, y el proyecto recibió luz verde.

La experiencia de Martín nos enseña una lección valiosa: la claridad y la simplicidad son fundamentales para disipar la duda. No importa cuán complejo sea un tema, siempre hay una manera de explicarlo de forma simple y clara. Cuando nos esforzamos por ser precisos, pero no logramos ser claros, corremos el riesgo de sembrar confusión y generar dudas en quienes nos escuchan.

Es importante aclarar que ser simple y claro no significa ser superficial o simplista. Al contrario, lograr simplicidad en la comunicación requiere una profunda comprensión del tema en

cuestión. Es fácil perderse en los detalles y enredarse en complejidades, pero destilar una idea hasta su esencia más clara es un acto de verdadero dominio.

Albert Einstein, uno de los científicos más brillantes de la historia, dijo una vez: "Si no puedes explicarlo de manera simple, es que no lo entiendes lo suficientemente bien". Esta afirmación resalta la relación entre la simplicidad y la comprensión. Cuando realmente entendemos algo, somos capaces de explicarlo de manera que cualquier persona pueda entenderlo, sin importar su nivel de conocimiento previo.

La simplicidad y la claridad, por lo tanto, son signos de verdadero conocimiento y comprensión. Son también las herramientas más efectivas para combatir la duda. Cuando hablamos con claridad y simplicidad, no sólo facilitamos la comprensión, sino que también transmitimos confianza. Y la confianza es el antídoto contra la duda.

Ahora que quizás entendemos la importancia de la claridad y la simplicidad, es fundamental que reflexionemos sobre cómo podemos aplicarlas en nuestras vidas diarias. A continuación, compartimos algunas estrategias que tal vez pueden ayudarnos a ser más claros y simples en nuestra comunicación y en nuestros pensamientos:

Antes de intentar explicar algo, asegurémonos de que lo entendemos profundamente. Esto nos permitirá simplificar y destilar la esencia del mensaje.

A menos que estemos hablando con un público que comparte nuestro nivel de conocimiento técnico, evitemos el uso de jerga o terminología especializada que pueda confundir.

Debemos enfocarnos en lo esencial. Cuando estemos comunicando una idea, tenemos que concentrarnos en lo más importante. Preguntémonos: ¿Cuál es el mensaje central que queremos transmitir?

Debemos ser directos. No debemos desviarnos con explicaciones largas o innecesarias. Seamos directos y al grano, especialmente cuando el tiempo es limitado.

Tal vez el uso de ejemplos o analogías pueda servirnos. A menudo, la mejor manera de explicar un concepto complejo es mediante el uso de ejemplos o analogías que sean familiares para nuestra audiencia o interlocutor.

Debemos practicar la comunicación. La claridad y la simplicidad no siempre vienen de forma natural. Es algo que se puede desarrollar y mejorar con la práctica.

Hermanos y hermanas, en un mundo donde la información abunda y la complejidad parece ser la norma, la claridad y la simplicidad son virtudes que debemos cultivar. No sólo para comunicarnos mejor con los demás, sino también para disipar nuestras propias dudas y vivir con mayor confianza y propósito.

La historia de Martín es un recordatorio de que la claridad y la simplicidad no son signos de debilidad, sino de verdadera fortaleza. Son la clave para disipar la duda, para construir confianza y para lograr que nuestras ideas y nuestras acciones tengan el impacto que deseamos.

En este camino hacia la claridad y la simplicidad, no podemos olvidar el papel crucial de la Fe. La Fe, entendida como esa confianza profunda en algo que trasciende lo evidente, Dios, nos ayuda a superar las dudas cuando la lógica y la razón parecen no ser suficientes. A veces, incluso cuando nuestras palabras son claras y nuestras intenciones simples, la duda puede persistir. Es en esos momentos cuando la Fe entra en juego. La Fe nos permite confiar en la claridad de nuestro propósito y en la simplicidad de nuestras acciones, incluso cuando los resultados no son inmediatos. Al igual que un navegante que sigue una estrella en medio de la oscuridad, la Fe nos guía cuando la claridad externa se desvanece, recordándonos que, aunque no

veamos el camino completo, un paso firme y claro es suficiente para avanzar.

La Hermana Teresa nos dice, que la próxima vez que nos enfrentemos a una decisión, a una conversación o a un reto, recordemos: ser claros, ser simples y la duda se desvanecerá como una niebla al amanecer.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

